

A vibrant, stylized illustration of a magical forest. In the foreground, a young woman with long blonde hair, wearing a blue t-shirt and dark pants, stands with her back to the viewer, looking towards a bright blue lake. To her right, a young boy in a red t-shirt and brown shorts stands holding a red camera. In the middle ground, a small wooden boat with a person inside is on the lake. The background is a dense forest with tall, thin trees and a soft, ethereal light filtering through the canopy. The entire scene is framed by large, gnarled tree trunks in the foreground.

Karen Inglis

# EL LAGO SECRETO

Ilustrado por Andrea Marquina

DESTINO

Karen Inglis

# EL LAGO SECRETO

Ilustrado por Andrea Marquina

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Secret Lake*  
© del texto: Karen Inglis, 2011  
© de la traducción: Auxiliadora Figueroa, 2023  
© de las ilustraciones de interior y cubierta: Andrea Marquina, 2024  
Publicado originalmente en 2011 por Well Said Press.

© Editorial Planeta S. A., 2024  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: enero de 2024  
ISBN: 978-84-08-27473-5  
Depósito legal: B. 21.051-2023  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



# 1

## El jardinero

**A** Tom le ardía tanto la cara que estaba seguro de que le iba a explotar en cualquier momento. El sol del mediodía caía sin piedad sobre su espalda, y las gotas de sudor, que hacía ya un buen rato que habían aparecido en su frente, hicieron que le picase y le escociese la piel. Pero nada de esto impidió que siguiese cavando. Seguro que si continuaba encontraría una señal. Puede que un mechón suavísimo del pelaje de algún animalito. Quizás oyese un chillido lejano. O (iy esto sería lo mejor que le podría

pasar!) puede que viese un par de ojillos entrecerrados por la deslumbrante luz del día.

El chico paró un momento y se secó con el dorso de la muñeca el sudor que le resbalaba por la frente haciéndole cosquillas. A continuación, levantó la pala por lo que le pareció la centésima vez y, justo en ese momento, una sombra oscura se alzó tras él. Un escalofrío que ya le era familiar le recorrió la espalda mientras se daba la vuelta para encontrarse con la mirada penetrante de Charlie Green, el jardinero. Creyó que se le iba a salir el corazón del pecho.

—Mira, Tom Hawken, no es la primera vez que te lo aviso. Ya tengo bastantes problemas con buscar las malditas toperas para que tú encima vayas por ahí desenterrándomelas.

De pronto, Tom notó que le ardían las mejillas, algo un poco extraño teniendo en cuenta que se le había quedado el cuerpo helado. Si de algo no le cabía duda, era de que Charlie Green se la tenía jurada desde el mismo día en el que puso un pie en aquellos jardines. Siempre lo miraba como si fuese un bicho raro.

El jovencito intentó decir algo, pero, de buenas a primeras, la garganta se le quedó más seca que

el desierto del Sáhara a mediodía, y no pudo emitir sonido alguno. Escapar de los problemas nunca había sido su punto fuerte; solo era experto en meterse en ellos.

El jardinero entrecerró los ojos para mirarlo de forma amenazante.

—¡La próxima vez voy a tener que decírselo a tu madre! —bramó—. Ahora, recoge tu trapo y aire.

El chico balbuceó algo mientras recogía el andrajoso pañuelo en el que envolvía sus tesoros. Menos mal que Charlie Green no se había percatado de todos los bulbos que había sacado de la tierra, y que ahora descansaban desperdigados entre los tesoros que había desenterrado: tres piedras muy bonitas, un trozo de cristal de botella verde y un monederito viejo y raído, que lo más seguro es que perteneciera a la muñeca de algún niño. Ya había planeado quedarse con las piedras y guardarlas en la caja que reposaba en la rejilla de la enorme chimenea de su cuarto, en la que se leía «Los tesoros subterráneos de Tom». Todo lo demás lo devolvería al lugar de donde había salido.

Para cuando el niño abrió de un empujón la portezuela que separaba el pequeño patio ajardinado de

sus padres de los principales jardines comunitarios, Charlie Green ya había rellenado la topera y estaba cruzando el césped con paso airado en dirección a su cobertizo. Varios grupos de pequeños montículos de arena dispersos se extendían por todo el terreno: no había sido una buena semana para los topos de la zona oeste de Londres.



A Tom todavía se le aceleraba el corazón cada vez que subía a su dormitorio, en la primera planta de la casa. Después de la diminuta habitación que tenía en Hong Kong, en un apartamento en el décimo piso, ¡aquel lugar era un sueño hecho realidad! El techo se elevaba hasta llegar tan alto que le parecía que era su propio cielo a cubierto; las alargadas puertas acristaladas, que se erigían como rascacielos, daban a un luminoso balconcito; y en la pared del fondo había una preciosa chimenea de mármol que era más alta que él si cabe. Pero lo mejor de todo eran las vistas. Su nueva habitación se asomaba a un enorme jardín laberíntico que se extendía más allá de lo que sus ojos alcanzaban a ver. Aquel vergel,

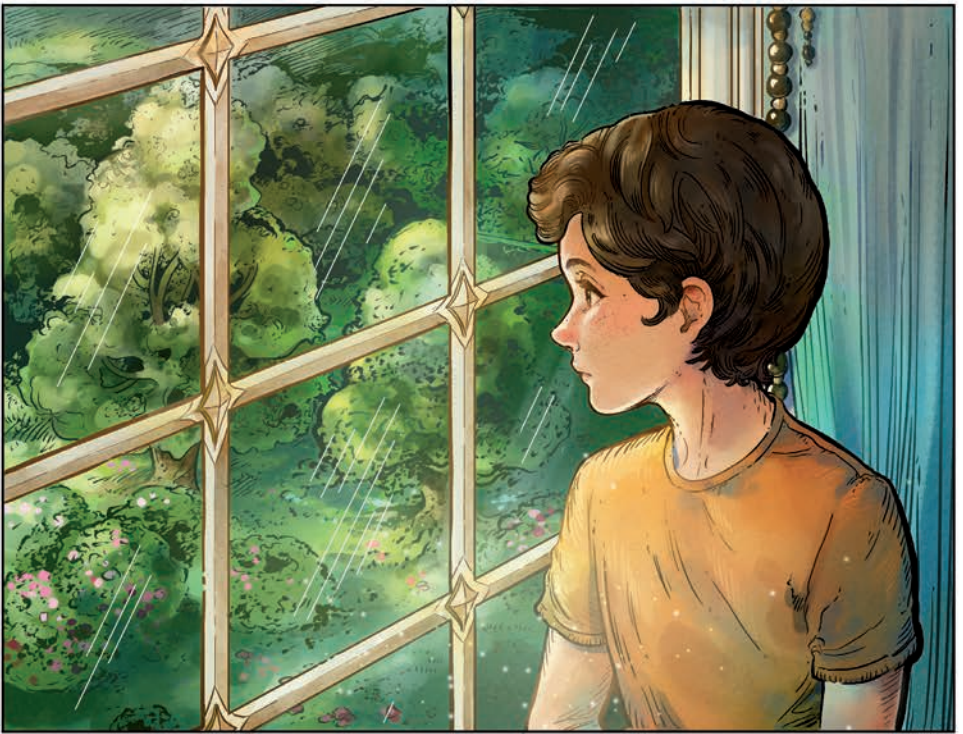
que compartían todas las casas de la urbanización, estaba plagado de conjuntos de azaleas y de robles que parecían estar siempre desmerezándose y cuyas ramas rozaban las nubes que pasaban sobre ellas.

Tom espachurró la nariz contra el cristal de la puerta y respiró hondo. Todavía no se había sacado a Charlie Green de la cabeza. Entonces, a través de las nubes de vaho del cristal, vio a un perrito salir disparado de entre un grupo de árboles y cruzar el césped a toda prisa en dirección a las casas. La boca del niño se fue ensanchando hasta que se le dibujó una sonrisa en la cara.

—¡ES INCREÍBLE, STELL! —dijo a grito pelado—. ¡HARRY HA VUELTO!

Stella estaba en el dormitorio de al lado, tumbada en la cama y examinando su pulsera de la amistad, así que no respondió. La música salía de su iPhone a todo volumen, mientras ella se dedicaba a esperar que los amigos que había dejado en Hong Kong —que en aquel momento estarían durmiendo— no se hubiesen olvidado de ella todavía. Casualmente, también se encontraba mordisqueando el quinto





caramelo Polo de fruta —de lima, para ser más exactos— del día. Los de ese sabor siempre hacían que un cosquilleo le recorriese las orejas. «Tom se cree que estamos en el paraíso —acababa de escribirle a su mejor amiga, Hannah, por Facebook—. Pero esto es tan aburrido... ¡Solo hay toperas y chicos!»

La chica no se movió lo más mínimo. Y tampoco Tom, que en ese momento estaba asomado al balcón con medio cuerpo fuera y que corría el peligro de acabar cayéndose. Estaba decidido a ver si la anciana señora Moon saldría a la entrada de su casa para recibir al perro perdido. Pero claro que no lo haría. Después de todo, no era adivina y no podía saber el momento exacto en el que Harry decidiría volver a casa. Aunque no tuviese poderes psíquicos, todos los vecinos de la urbanización pensaban que la señora Moon estaba como una cabra. Por todas partes, había carteles colgados en los que se leía «Perro perdido», y volvía loco a todo el mundo con llamadas de teléfono cada vez que Harry se iba de casa, lo que solía durar varios días.

Hasta Tom se descubrió pensando en Harry mientras cavaba fuera. Las entradas y salidas del pequeño terrier de pelo largo parecían formar parte de la vida del jardín, igual que el gruñón Charlie Green, las toperas y, por supuesto, la chiflada anciana señora Moon. Pero ¿por qué el perro no dejaba de escaparse? Y ¿dónde iba exactamente? A la vez que los pensamientos sobre el jardinero se desvanecían con rapidez, el niño determinó que resolvería el misterio de Harry antes de que terminase el verano.

